

ARTE RELIGIOSO DE HOY

A propósito del arte sagrado moderno, alguien me dice: "En esa materia no basta con recurrir a la pintura moderna. ¿Cree Ud. posible una Virgen de Picasso con dos narices y cuatro ojos?"

Este problema se le planteó al abate Devemy cuando comenzó a seleccionar obras para la iglesia de Assy. Visita a Picasso a quien dice: "Señor, el pintor savoyano Bonnard ha pintado para mi iglesia un San Francisco de Sales. A Ud, que es español, quisiera pedirle un Santo Domingo". "¿Conoce Ud. mi pintura." contesta Picasso. "Yo sé solamente que es Ud, el más ilustre pintor de nuestro tiempo". Picasso busca en su taller y le trae una de sus telas: "¿Esto le convendría?" "Creo que no" responde Devemy sin pestañear. "Yo habla pensando que sí" comenta Picasso, quien vuelve a buscar trayendo un retrato femenino: "¿Y esto? le serviría a Ud. para una Virgen?" "Seguramente no" se apresura a contestar el abate y Picasso pone fin a la entrevista con estas palabras: "En cambio yo creo que sí".

Aquí reside el desacuerdo, que quizás sea menos grave de lo que parece, y que es además el problema secundario en la materia.

El primero fué la ausencia de grandes artistas dentro de la Iglesia, cuando comenzó el movimiento renovador del arte sagrado. Así lo confiesa el padre Couturier: "El primer escándalo y el más grave pues tiene algo de siniestro, era que justamente, a excepción del gran Rouault (totalmente desestimado) la Iglesia no tuviera grandes artistas en su seno, en su vida". De ahí la obligación de recurrir a los Maestros de afuera, cuyas creaciones no respondían a propósitos específicamente sacros.

Ocurre sin embargo que muchas de las imágenes religiosas del Renacimiento, que aún se veneran, fueron creadas desde un ángulo aparentemente artístico y exclusivo. Pero en ellas los creyentes de la época reconocían su imaginario religioso, porque su creencia estaba inmersa en la realidad circundante. Más aún: no hubiera podido subsistir sin esa realidad. Recuérdese la Anunciación de Memling: la realidad de los ángeles y del Espíritu Santo que rodean a la Virgen se hace categórica en la medida en que es real y conocida la pulcra habitación holandesa en que ocurre la escena.

La utilización de los Maestros de afuera y del arte aparentemente profano, ha sido legitimada así por Joseph Pichard, luego de estudiar la obra de los artistas contemporáneos: "el arte moderno, incluso en las vías de apariencia profana en que se ha dirigido, no ha perdido el sentido de lo sagrado y no nos han faltado los testimonios de lo permanente". Porque paradójal estriba en que las obras adocenadas utilizadas para decorar las iglesias, están por lo común despojadas de todo sentimiento sacro, en tanto que éste sigue viviendo en las obras profanas; y si ahora hay que recurrir obligadamente a ellas, es para restaurar lo sagrado que debe presidir la construcción de las iglesias.

En cuanto a la aplicación práctica, creo que responde a circunstancias particulares sobre las que no hay regla. No hay nada alarmante en el Cristo de Zadkine o en los vitrales de Rouault, o en las casullas de Matisse. Pero además el arte moderno ha abierto una serie de nuevas posibilidades a la representación sacra en lo que tiene que ver con los temas simbólicos. Así lo entendió un pintor procedente del cubismo, Gleizes, cuando pintó sus frescos sobre La Eucaristía y sobre el Poder Espiritual y el Temporal. Por último debe comprenderse que es forzoso renovar la "mitología religiosa", tal como ha ocurrido permanentemente a través de los siglos: el Pantocrator medieval ha desaparecido, de la iconografía sacra, como la Virgen rodeada de Santos habitual del Renacimiento y tantos otros. Cada época encuentra nuevos aspectos concretos de la representación alegórica, amén de incorporar la vida contemporánea; si ello no ocurre comienza a resecarse por los cimientos, en su imaginación creadora.

El retrato de nuestro país en este aspecto comienza a ser grave. De ahí las escasas obras de calidad producidas en el dominio del arte sacro, de las que deben mencionarse el Cristo en cruz, de Joaquín Torres García y la Piedad de Eduardo Yepes.

Angel Rama